

CAPÍTULO XXXII

PSICOLOGÍA DEL RECAUDADOR DE IMPUESTOS.

MIGUEL EN ÉCIJA.—CON LA IGLESIA HEMOS TROPEZADO.

PROSA, PROSA, PROSA.

El oficio de recaudador de contribuciones y tributos y el de agente ejecutivo para la cobranza de ellos, son ejercidos generalmente por personas vulgares y de poco fuste, á lo cual debe atribuirse en gran parte el mal estado crónico de nuestra Hacienda. No es, sin embargo, general esta regla, y hay entre los que se dedican á recorrer los pueblos, sacando la sangre á los propietarios, industriales y terratenientes, algunos grandes ingenios ignorados.

Las psicologías de casi todas las clases sociales de España están por estudiar, y nada fuera más curioso que investigar la psicología del recaudador de contribuciones, la del inspector del timbre, la del comisionado de apremios: en ellas podría verse un reflejo de la antigua picaresca y un retrato de la actual: con ellas podría conocerse también á fondo los muchos ignorados y recónditos repliegues del alma rural española, tan compleja y rica cuanto ignorada por escritores y gobernantes.

Los ciegos y sordos y memos que hablan de Cervantes sin amarle y sin haber pensado en él y en las circunstancias de su vida, sino sólo por darse pisto ellos y echárselas de literatos, suelen maldecir la temporada larguísima que pasó Miguel arbitrando trigo y aceite para la escuadra y cobrando atrasos de alcabalas y tercias. Los que tal piensan, no comprenden que la ciencia de la

vida, ella misma la enseña y no ningún maestro, y que sin estos años de ires y venires, de malandanzas y venturas de Miguel por los pueblos, aldeas, cortijos, ventas y caminos y trochas de Andalucía, no tendríamos *Quijote*, de igual modo que no tenemos hoy otros literatos dignos de estimarse por hijos de Cervantes sino los que han andado en su juventud ó andan ahora por trochas, caminos, ventas, cortijos, aldeas y pueblos. La vida es una peregrinación: quien no camina, ¿qué sabe de ella?, y quien no sabe de ella, por mucho talento que haya, ¿podrá hablarnos de algo que nos interese?

Miguel había conocido ya la humanidad heroica en Lepanto, la humanidad alegre y libre en Italia, la humanidad trágica y feroz en Argel, la humanidad cortesana y culta en Lisboa y en Madrid; pero aún no había hecho sino entrever la humanidad corriente y moliente, la de todos los días, la que formaba y forma la cantera grande de la nación, y también esa pequeña, retirada, angosta y engurruñida humanidad que vive recoleta en el rincón de un pueblo y que no sale jamás de él; pero, sin salir de él, como la carcoma en su viga, roe, trabaja, comunica á los de fuera sus aprensiones, egoísmos y cicaterías.

Allá en los últimos rincones de la miseria tuvo que meterse el comisario de provisiones de la Armada, huronear y fisgar hasta el más mínimo grano de trigo, sorber y chupar hasta la más escondida gota de aceite en el más obscuro condesijo ó alacena. Mandábasele clara y terminantemente que lo husmease todo, que rebuscase, inquiriera y requisase hasta las más defendidas moradas, que recogiese hasta los rebojos de todo bien privado y público, que se entrometiese hasta en los bienes sagrados de la Iglesia. Preveníasele que había de *ir con vara alta de justicia*, visitar á los cabildos ó Ayuntamientos y corregidores de cada pueblo, exigirles un repartimiento entre los vecinos; si no le tenían hecho, hacerlo él y procurar, percancear, lograr y arramblar con todo trigo, cebada y aceite que hubiera útil para el servicio de Su Majestad.

¿Tenéis claro concepto de lo que era *ir con vara alta de justicia*? Ir con vara alta de justicia era presentarse á caballo y con un bastón ó junco de mando en las aldeas, como alguacil que va

X persiguiendo un delito ú olfateando criminales: era llevar consigo cuatro ó cinco ó más corchetes ó porquerones, que, naturalmente, serían individuos de lo más abyecto y zarrapastroso del hampa, gente hecha al remo y al azote, exayudantes de alguacil y de verdugo, despedidos y echados de tan honestos oficios por la longura de sus uñas, borrachos, rufos y jaques: era presentarse con todo este tranquilizador aparato y santa autoridad en un pueblecillo pacífico donde los hombres andaban al campo á arar cantando la gañanada y las bestias *estudiaban* apaciblemente en el prado ajeno y las mujeres hilaban, hacían pleita, labraban ropa ó cosían ó rezaban horas en la iglesia ó convento, y los frailes y clérigos se paseaban al sol y los alcaides y regidores preparaban con reverenda calma sus cohechos y granjerías: era entrar en este pueblo sosegado, en donde cada cual iba trampeando su existencia como mejor podía, sembrar la intranquilidad y el desasosiego, romper la monotonía de las horas, requerir á los concejales y alcaldes á que tomasen resoluciones que lesionaban sus intereses y les indisponían con sus convecinos, amigos y parientes, imponérseles, si resistir osaban, en buena ó mala forma, acudir á la cilla ó pósito donde se guardaban los granos y á los graneros y cámaras de los particulares, mandar que se abriesen las puertas y si no las abrían de buen talante, echarlas abajo, forzando cerraduras ó rompiendo tablas, entrar en el granero ó en la almazara ó en el almacén de aceite y, obligando y conspuyendo á los medidores del pueblo, envasar el aceite en corambres traídas de otro lugar, porque allí no se encontraban, y el trigo en jerga prestada por los molineros lejanos, sacar á los tremulentos y llorosos labradores aquellos pedazos de su corazón y frutos de sus entrañas y logros de sus sudores que hanegas de trigo y arrobas de aceite se llamaban, dejándoles, por todo consuelo, un papel donde el comisario en nombre de otro, y éste en nombre del proveedor, y éste en nombre de Su Majestad, que todos tenían merecida y justa fama de malos pagadores, prometían pagar por aquellos frutos cuando fuera posible la cantidad que ellos mismos habían fijado. Era, después de todo esto, ó antes, buscar por los alrededores, si los había, arrieros ó carromateros que acarreasen lo sacado y lo lleva-

sen hasta Sevilla. En pos de las reatas y de los carros iban las lágrimas y las maldiciones de todo un pueblo despojado de su riqueza, los ayes de las mujeres, las excomuniones de los clérigos: y el blanco de todas las iras era el maldito comisario, angel malo que había traído al pueblo la destrucción y la rapiña.

De aquí se sigue que en muchos pueblos, en los más, el comisario no encontraba cama para dormir, cena que comer, ni aun casa donde albergarse. El inspector del timbre, el investigador de la riqueza oculta, el ingeniero de montes que hoy andan recorriendo España en cumplimiento de sus deberes, saben algo de esta terrible y medrosa hostilidad con que el pueblo recibe siempre al forastero, cuya cara desconoce, cuyo lenguaje no entiende bien, porque le falta el peculiar acento de la tierra. Esos únicamente podrán conocer é inferir lo que pasaba á Cervantes en los pueblos á donde iban *con vara alta* y no á anunciar un peligro más ó menos lejano, sino á llevarse en el acto y sin dilación y sin pagar las esperanzas y las realidades del pueblo.

El pequeño propietario rural es siempre y de juro tiene que ser un hombre desconfiado y aprensivo: más entonces, cuando á más de terrateniente era un hidalgo, lleno de pretensiones y de orgullo. Solía ser además un hombre de escasa cultura, de cortas luces, á quien lo mismo daba hablarle del Rey, de las empresas guerreras acometidas por honra y necesidad de la nación y de la reunión de la escuadra Invencible contra el poder y soberbia de los ingleses, que cantarle las coplas de Caláinos. ¿Qué sabía él de si había barcos ni qué le importaba lo que hiciese Inglaterra?

Para llegar hasta el pueblo aquel de las sierras sevillanas ó granadinas, mucho tenía que andar el inglés. En cuanto al Rey, el hidalgo no le debía más favor sino habérsele llevado los hijos á la guerra, haber subido las alcabalas, las tercias, el chapín de la Reina y todas las tallas y tributos y quizás haber enviado por el pueblo una compañía de soldados que entre sus plumas y sus correajes se llevaran enredadas las mejores gallinas del corral y el honor de la hija moza...

Pongámonos en el caso de este hidalgo, y pensemos que este

hidalgo vive en Ecija y se llama Don Gutierre Laso. ¿Quién sabe lo que es llamarse Don Gutierre Laso, y no haber para la manutención de tal nombre y de tal apellido más de noventa y seis fanegas y media de trigo en la troje, extraídas trabajosamente de la tierra árida y avara de Ecija, donde todos los veranos los trigos se asuran con el excesivo calor que hace llamar al pueblo *la sartén de Andalucía*? ¿Quién imaginará la pena y la rabia que se apoderarían de D. Gutierre Laso al ver á aquellos caifases que con Miguel de Cervantes iban, entrar en su granero y llevársele las noventa y seis fanegas y media de trigo, á la tasa puesta por el proveedor de Sevilla, de diez reales y medio la fanega? Por muy ignorante y apartada vida que Don Gutierre Laso hiciera, llegó hasta sus oídos la especie, que en aquellos tiempos no necesitaba casi nunca confirmación, de que el licenciado Diego de Valdivia, encargado por el proveedor de las galeras de recoger el trigo y la cebada, no tenía un maravedí para pagarlo, ni se veía medio de que lo abonase en manera alguna. Aquello, pues, llevaba trazas de no cobrarse jamás, y el cuitado hidalgo lo preveía una serie larga de días y meses en que habría de ayunar, y no por santidad ni devoción, y sus macilentas facciones, á pura necesidad, se maceraban y ennoblecían, y sus mejillas se enflaquecían, y se aguzaba su mentón y sus manos se afilaban, hasta tomar todo él ese espiritado aspecto de los señores de la época, que, entre desmayos de hambre y vértigos de debilidad, les conducía á las altezas del más acendrado misticismo.

Igual situación ó peor que la de D. Gutiérre Laso, creó la visita de Cervantes en Ecija á otros varios vecinos de aquella ciudad, terratenientes harto castigados ya en sus predios y posesiones por la tradicional subversión del concepto de la propiedad que desde muy antiguo han notado en Ecija los más respetables autores y que tanta reputación dió á los siete famosos *niños*. Aquellos buenos señores, habituados y todo á sufrir despojos y hurtos, se arrancaban los cabellos y se daban á discurrir, con ecijano ingenio, los medios de que se valdrían para ocultar sus bienes, como si robados fueran y no propios, á los excrutadores ojos del comisario Miguel.

Llegó éste, sin embargo, á sitio y punto donde por primera vez hubo de exclamar: — Con la Iglesia hemos tropezado. — Tratábase de embargar ciento veinte fanegas de trigo pertenecientes á don Francisco Enríquez de Ribera, maestrescuela de la Santa Iglesia Catedral sevillana, y pariente muy próximo de los poderosos duques de Tarifa, grandes señores universalmente acatados y respetados en Andalucía entera. El mayordomo de aquel prócer eclesiástico, un tal Damián Pérez, requerido por Cervantes, le entregó el trigo, pero no sin advertirle que lo embargado eran bienes de la Iglesia, y podría seguirsele perjuicio espiritual por atacarlos. Al mismo tiempo avisaba á su amo, y éste hacía que reunidos el deán y el cabildo hispalenses, á quienes competían derechos también sobre otras especies embargadas, fulminasen excomuniones contra Miguel de Cervantes, por haberse apoderado de aquel sacratísimo trigo. ¡Cuál no sería el placer de los vecinos de Ecija y de su vicario cuando vieron el nombre del odioso recaudador en tablillas á la puerta de la iglesia y leído ó arrojado desde la tribuna con saña y sorna por el sacristán!

Como todo pueblo seco, donde casi nunca llueve, y el sol achicharra las *seseras*, Ecija es un pueblo archicreyente y ultrarreligioso. Los ecijanos tenían ya cuanto podían apetecer. El comisario de las galeras, á más de sacarles su trigo y depredarles su trabajo, era un excomulgado, de quien convenía apartarse. Negándole el agua y el fuego, la casa y el yantar, no solo se defendía el pueblo de sus exacciones, sino que, además, se cumplía lo que manda Nuestra Santa Madre Iglesia.

No hay que exagerar, sin embargo. Las excomuniones y paulinas eran cosa corriente en aquellos tiempos. A Miguel no le debió de acongojar demasiado el acuerdo del Cabildo de Sevilla, pero no dejó de pedir protección á su principal. Pasados algunos meses, D. Antonio de Guevara escribió á los señores del cabildo, comunicándoles que ya no se podía deshacer lo hecho; pues se trataba de obtener recursos para el servicio de Su Majestad y para guerrear contra infieles. No parecieron muy atendibles las razones de Guevara, cuando todavía, en Febrero de 1588, no le había sido levantada la excomunión á Cervantes. Debíó de serlo

poco después, quizás al recibirse los dineros para pagar el trigo embargado, es decir, en el verano de 1588.

Supo y cató entonces Miguel lo que es la odiosidad de todo un pueblo que defiende su interés y el de la religión, hermanados por la casualidad ó por el cálculo. En tales trabajos tuvo que mostrar la grandeza y habilidad de su ingenio, y sábase de cierto que la mostró, pues no sólo cumplió muy bien la comisión que se le confiara, pero además realizó el milagro de crearse amigos en Ecija, que más adelante habían de exponer su crédito y prestar sus fortunas y bienes en favor de Miguel. Tan señalada é increíble proeza nos trae á la memoria cómo los héroes de las caballerías españolas, si tienen bríos y valor sobrado para las batallas, suelen ser cautos y mañosos en el negociar: con el mismo donado corazón con que hizo frente Miguel á las fieras de Lepanto y á los piratas argelinos, acometió la aventura de Ecija. Así el héroe de la independencia castellana, Fernán González, ganaba reinos á los moros con las armas en la mano y lograba separarse de la obediencia á León, prestando á su Rey un azor en gallarín ó á interés compuesto. Así el Cid Ruy Díaz, invencible en el combate con los infieles, era sagaz urdidor de tratos con judíos y sacaba dinero de un cofre lleno de piedras y avalorado con su palabra.

¿Quién ha pensado y dicho que fueron menesteres vulgares los que Miguel ejerció sacando trigo, cual lo hizo en 1587, de Ecija, Castro del Río, Espejo, la Rambla y otros pueblos? No fueron sino ocupaciones muy propias de un héroe que, después de haber probado su ardimiento matando hombres, sabía probar su destreza tratándolos y haciéndolos servir al fin que él llevaba. Cumplió muy bien Miguel en estas primeras comisiones y logró reputación de excelente empleado y de hombre á quien no faltaban las cualidades psicológicas que hoy echamos de menos en los cobradores de contribuciones y en otros hombres de trato y de camino, indispensables á la buena marcha de las repúblicas.

La grave dificultad que la excomunión hubiera significado para cualquier otro hombre propenso á apocarse, la salvó Miguel con maña, que más nos sorprende considerando ser Ecija una

ciudad levítica, donde aún no se había extinguido el perfume de aquellas santas mujeres, Doña Ana Ponce de León, condesa de Feria y Doña Leonor de Hinestrosa, memorables heroínas de la fe, despreciadoras del mundo y de todos sus amores y estimas que por seguir á Cristo habían abandonado.

En los oídos de los ecijanos resonaban aún las palabras de fuego que predicaron allí el Apóstol de Andalucía Juan de Avila y el Cicerón cristiano Fray Luis de Granada. Conventos, iglesias y casas de religión ensombrecían las calles de Ecija: rezos perennes rasgaban el silencio de sus siestas y de sus veladas... y en este pueblo fanatizado y ascético, sin perder su alegría natural, logró Cervantes romper la costra, crearse amigos, volver muchas veces y hallar posada y buenas caras y hasta enterarse de las ardientes historias amorosas que circulaban por la calenturienta villa y por sus alrededores.

Estimado el mérito de estos éminentes y difíciles servicios, no bien terminaba una comisión Miguel, le encargaban otra, y así anduvo y recorrió todas las partidas y veredas de los reinos de Córdoba, Sevilla, Jaén y Granada. En 22 de Enero de 1588, dándole otra comisión para sacar cuatro mil arrobas de aceite en Ecija, dice D. Antonio de Guevara que "conviene nombrar una persona de diligencia y cuidado que vaya... y que la de Miguel de Cervantes, residente en esta ciudad (Sevilla) es tal como se requiere para ello por la plática y experiencia que tiene de semejantes cosas y por la satisfacción que tengo de su persona". En Junio (12) del mismo año prestan fianza en favor de Miguel el licenciado Juan de Nava Cabeza de Vaca, vecino de Sevilla en la collación de la Magdalena y su convecino Luis Marmolejo, respondiendo de que "hará é usará bien, fiel, é diligentemente del oficio é cargo de comisario del proveedor general Antonio de Guevara". En 15 de Junio manda Antonio de Guevara á Miguel que vaya á Ecija con la mayor prisa posible á recoger el trigo embargado el año anterior y molerlo á todo escape. Algún alma piadosa ha dicho al proveedor, que en el trigo embargado, y sin balear ni remover en tanto tiempo, ha entrado la polilla (la *paula* ó *paulilla* decían entonces) como era natural, en llegando los ca-

lores veraniegos. Y como no había fondos para pagarlo, ni era bien que se apollillase del todo, Miguel había de sacarlo sin dar un maravedí, llevarlo á las molindas y compeler á los molineros para que lo hiciesen harina aun contra su voluntad, y por último, buscar quien quisiese acarrearlo á Sevilla: todo lo cual había de hacerse á presencia, ciencia y paciencia del corregidor y autoridades de Ecija, á quienes tan arbitraria y cruel exacción tenía que sentar como puede suponerse.

Para esta difícilísima comisión llega Miguel á Ecija el 18 ó 19 de Junio, ve á las autoridades, éstas le piden fiadores que abonen su persona y firma y garanticen su promesa de pago. La Historia ha conservado los nombres ilustres de estos desconocidos que en tan críticas circunstancias demostraron su confianza en Miguel. Se llaman Fernán López de Torres, Francisco de Orduña, Juan Bocache y Gonzalo de Aguilar Quijada.

Si no son estos nombres memorables de la familia española pura de Don Quijote, merecen serlo. Reservemos lo más delicado de nuestra gratitud para esos cuatro nobles vecinos de Ecija, que, por fe que tenían en nuestro Hombre, fueron capaces de arros-trar las iras de todos sus paisanos y de comprometer su caudal en beneficio de quien nada poseía y con nada podía responder. Sin saberlo, esos cuatro buenos ecijanos pertenecen al glorioso ejército de los soñadores, á la falanje de los creyentes en un ideal. Quizás les indujo á ello el poeta Fernando de Cargas, corregidor de la ciudad y amigo de Cervantes, que le había elogiado en la *Galatea*.

Abiertas las cillas y graneros, las dificultades aumentan. Es menester ensayar y repesar el trigo para saber las mermas que sufrió; además hay que zarandearle y desempolvarle, apaleándolo, baleándolo, dándole una vuelta de harnero. Luego hay que llevarlo al molino, procurar que la harina salga buena y separar granzas y ahechaduras. Para esto hace falta embargar los molinos, no consentir que hagan sus molindas urgentes los particulares; en resumen, molestar y perjudicar á todo el mundo. En fin, los acarreo han de concertarse ante justicias y escribanos, y de todo ello es necesario llevar cuenta y razón muy al por menor

en libros de asientos, que deben presentarse con su cargo y data justificados.

Todo lo más del año 1588 lo pasa Miguel en Ecija, llevando á cabo tan complicadas y engorrosas funciones como su encargo comprendía. Por fortuna, ya en 28 de Junio comenzó el pagador Agustín de Cetina á remitirle libramientos para que fuese abonando el trigo y los gastos de traslación y molienda. Cervantes paga y esto apacigua y tranquiliza los ánimos, hasta el punto de que en Octubre la ciudad de Ecija ofrece servir á Su Majestad con dos mil quinientas fanegas más de trigo. Guevara escribe á Miguel, llamándole de vuestra merced y encargándole que procurase juntar toda la cantidad que pudiese, sin rigor y sin tratar de querer sacarlo de quien no lo tuviera: que todo se haga sin ruido ni queja; que no se zarande el trigo bueno, y que saque de la ciudad mil quinientas arrobas de aceite superior, que serán pagadas.

Miguel cumple excelentemente su cometido, y cada una de las operaciones que la venta, molienda y acarreo del trigo y del aceite exige, es para él ocasión de nuevas conquistas en el conocimiento de la humanidad. En la obra se ve al obrero. Miguel va cobrando y apuntando lo que cobra, pagando y apuntando lo que paga. De ello tiene que comer y vivir, pues su jornal de doce reales ha de ser la última partida que figure en el cargo. Durante este tiempo, va algunas veces á Sevilla. Tal vez está allí el día 24 de Octubre, en que la ciudad celebra con grandes alharacas y regocijos la subida de la campana grande á la Giralda. Quizás entonces, y yendo á casa del maestrescuela D. Francisco Enríquez de Ribera, conoce á un clérigo listo y avisado, que se hace grande amigo suyo: el licenciado Francisco Porras de la Cámara. Miguel no está descontento de su carrera. Ya goza reputación excelente de funcionario. Algunas veces piensa que ha encontrado su camino verdadero.